

**El alma de las marionetas**  
**Un breve estudio**  
**sobre la libertad del ser humano**

**El alma de las marionetas**  
**Un breve estudio**  
**sobre la libertad del ser humano**

JOHN GRAY

TRADUCCIÓN DE CARME CAMPS



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*The Soul of the Marionette:*  
*A Short Inquiry Into Human Freedom*

Copyright © JOHN GRAY, 2015  
All rights reserved

Primera edición: 2015

Traducción  
© CARME CAMPS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2015  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Calle los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
KADMOS

ISBN: 978-84-16358-07-6  
Depósito legal: M-15871-2015

Impreso en España

«... la gracia se hallará presente en su mayor pureza  
en el marco humano que o bien no posea conciencia  
o bien tenga una gran cantidad de ella, es decir, o bien  
en una marioneta o bien en un dios...».

HEINRICH VON KLEIST, *Sobre el teatro de marionetas*

«Quiero decir que, al fin y al cabo, hay que tener  
en cuenta que fuimos creados del polvo».

PHILIP K. DICK, *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*

# ÍNDICE

1. LA FE DE LOS TÍTERES	11
La libertad de las marionetas - La fe de las marionetas – Demiurgia y maniqués – Leopardi y el alma de las máquinas – El regreso de Ligeia – El golem y las ruinas circulares – Solaris y nuestro mundo – Entrando en la zona – El señor Weston enciende una cerilla.	
2. EN EL TEATRO DE MARIONETAS	65
Jardines en el tejado, plumas y sacrificio humano – Extinción del hombre y la economía del ciborg – Iron Mountain y un espectáculo cambiante – Un panóptico universal – Marionetas, conspiración y tablas de ouija – Cuando la máquina se para.	
3. LIBERTAD PARA LAS ÜBER-MARIONETAS	121
Ética para marionetas – La gravedad y la Caída.	
AGRADECIMIENTOS	135
NOTAS	137

## 1. LA FE DE LOS TÍTERES

«Durante los primeros siglos de nuestra era, los gnósticos disputaron con los cristianos. Fueron aniquilados, pero nos podemos representar su victoria posible».

JORGE LUIS BORGES, *Vindicación del falso Basilides*

### LA LIBERTAD DE LAS MARIONETAS

Un títere puede dar la impresión de ser la encarnación de la falta de libertad. Movido ya sea por una mano oculta, ya sea por hilos que tiran de él, el títere no posee voluntad propia. Todos sus movimientos están dirigidos por la voluntad de otro: un ser humano que decide lo que hará. El títere, controlado siempre por una mente externa, no puede escoger su forma de vivir.

Esta situación resultaría insoportable si no fuera porque un títere es un objeto inanimado. Para sentir la falta de libertad hay que ser consciente de uno mismo. Pero un títere es un objeto hecho de madera y tela, un objeto construido por el hombre, sin sentimientos ni conciencia. Un títere no posee alma. En consecuencia, no puede saber que no es libre.

Sin embargo, para Heinrich von Kleist los títeres representaban un tipo de libertad que el ser humano jamás alcanzaría. En su ensayo *The Puppet Theatre*,\* publicado por primera vez en 1810, el escritor alemán hace que el narrador, que pasea por un parque de la ciudad, se encuentre con Herr C., que ha sido nombrado hace poco tiempo primer bailarín de la ópera. Como en varias ocasiones lo había visto en un teatro de marionetas

\* Existe traducción al español a cargo de Jorge Riechmann: *Sobre el teatro de marionetas y otros ensayos de arte y filosofía*, Hiperión, Madrid, 1988.

erigido en la plaza del mercado de la ciudad, el narrador muestra su sorpresa ante el hecho de que un bailarín asista a semejantes representaciones burlescas.

A modo de respuesta, *Herr C.* sugiere que un bailarín puede aprender mucho de esos espectáculos de títeres. ¿Acaso las marionetas no son controladas desde arriba por los marionetistas, y a menudo efectúan movimientos extremadamente bellos al bailar? Ningún ser humano puede compararse con una marioneta en lo que se refiere a crear belleza sin hacer ningún esfuerzo. El títere es

incapaz de cualquier fingimiento, puesto que, como se sabe, el fingimiento se da siempre que el alma [...] está situada en cualquier lugar que no sea el centro de gravedad de un movimiento. Como al marionetista, al manejar el alambre o la cuerda, sólo le interesa el que está bajo su control, todos los demás miembros son lo que tienen que ser: objetos inanimados, meros péndulos que sólo obedecen a la ley de la gravedad; un atributo excelente que se buscará en vano entre la mayoría de nuestros bailarines [...] estos títeres tienen la ventaja de ser resistentes a la gravedad. Desconocen por completo la pesadez de la materia, el factor que más juega en contra del bailarín: porque la fuerza que los levanta en el aire es mayor que la que los atrae a la tierra [...]. Las marionetas sólo rozan el suelo, como hacen los elfos, y la momentánea pausa impulsa de nuevo sus miembros; pero nosotros la utilizamos para descansar, para recuperarnos del ejercicio de la danza; un instante que no es danza en sí misma y con el que no cabe hacer nada más que pasarlo lo más rápidamente posible.

Cuando el narrador reacciona con asombro ante estas paradójicas afirmaciones, *Herr C.*, «tomando una pulgarada de rapé», observa que debería leer atentamente «el tercer capítulo del Génesis». El narrador capta el sentido: es «perfectamente consciente del daño que la conciencia causa a la gracia natural de un ser humano». Aun así se muestra escéptico, de modo

que *Herr C.* le cuenta la historia de cuando se defendió de un oso con un florete. Era un esgrimista experto y no le habría costado mucho atravesarle el corazón a un ser humano; pero el animal, aparentemente sin esfuerzo alguno, esquivó todos los ataques:

Intentaba una estocada, después una finta, bañado en sudor; ¡todo en vano! El oso no sólo esquivaba, como el mejor esgrimista del mundo, todos mis ataques; cuando yo hacía una finta —ningún esgrimista del mundo puede seguirle en esto— el oso ni siquiera reaccionaba: mirándome a los ojos, como si pudiera leerme el alma en ellos, se quedaba parado con la pezuña levantada dispuesto a atacar, y cuando mis estocadas no tenían seria intención, no se movía.

Los seres humanos no pueden imitar la gracia de semejante animal. Ni la bestia ni el muñeco están sometidos a la maldición del pensamiento sobre uno mismo. Kleist considera que esto se debe a que son libres. Los seres humanos sólo alcanzarán este estado después de que se produzca una transmutación que los hará infinitamente más conscientes:

Igual que dos líneas que se cruzan en un punto después de haber pasado por el infinito de pronto volverán a juntarse al otro lado, o la imagen en un espejo cóncavo, después de viajar al infinito, de pronto vuelve a estar ante nosotros, también cuando la conciencia, podríamos decir, haya atravesado el infinito, la gracia regresará; de modo que la gracia estará presente de la forma más pura en el cuerpo humano que no posea conciencia o en el que posea una cantidad infinita de ella, es decir, en una marioneta o en un dios.

El diálogo concluye:

Pero —dije distraído— ¿tendríamos que volver a comer del Árbol de la Ciencia para regresar al estado de inocencia?

—Así es —respondió él—, ése es el capítulo final de la historia del mundo.

Este ensayo fue uno de los últimos escritos de Kleist. Nacido en el seno de la casta militar prusiana en 1777, su temperamento no estaba hecho para ningún tipo de carrera convencional. Su familia lo presionaba para que ingresara en el cuerpo de funcionarios, y él se veía como escritor; luchaba para escribir algo que lo satisficiera, viajando por toda Europa y quemando lo que había escrito. En un momento dado en el que parecía haber abandonado la lucha, intentó ingresar en el ejército de Napoleón cuando éste se preparaba para invadir Inglaterra. Indudablemente, fue un escritor con talento y dejó siete obras de teatro, ocho extraordinarias historias y numerosos ensayos y cartas, y puede que escribiera una novela que destruyó antes de suicidarse en 1811. Inquieto por naturaleza, no encontró un lugar en el mundo.

Con su diálogo burlescamente enigmático, el ensayo trastoca todas las creencias de la humanidad moderna sobre sí misma. ¿Cómo puede un objeto mecánico, sin atisbo de conciencia, ser más libre que el ser humano? ¿No es esa misma conciencia lo que nos distingue del resto del mundo y nos permite elegir nuestro camino en la vida? Sin embargo, tal como lo plantea Kleist, el automatismo del muñeco no es ni mucho menos una esclavitud. En comparación con la de los seres humanos, la vida de la marioneta aparece como un envidiable estado de libertad.

La idea de que ser consciente de sí mismo puede constituir un obstáculo para vivir en libertad no es nueva. Hace mucho tiempo que se sospecha que el tipo corriente de conciencia deja a los seres humanos desconcertados entre los movimientos mecánicos de la carne y la libertad del espíritu. Por eso, en las tradiciones místicas que han aparecido a lo largo de la historia, la libertad ha significado una condición interior en la que se ha trascendido la conciencia normal.

En el pensamiento moderno, la libertad no es mucho más que una relación entre seres humanos. La libertad en este sentido puede ser de distintas maneras. Está la libertad que consiste en la ausencia de obstáculos humanos para hacer lo que uno quiera o pueda querer, llamada a veces libertad negativa; el tipo de libertad que implica no sólo la ausencia de impedimentos, sino actuar como lo haría un ser humano racional; y la clase de libertad que se ejerce cuando se es miembro de una comunidad o de un Estado que determina cómo se regirá ésta. Sin embargo, para Kleist y para otros que pensaban como él, la libertad no es una simple relación entre seres humanos: es, por encima de todas las cosas, un estado del alma en el que se ha eliminado todo conflicto.

En la Europa antigua, los estoicos afirmaban que un esclavo podía ser más libre que un amo que sufriera autoescisión. En China, los taoístas imaginaron un tipo de sabio que reaccionaba al curso de los acontecimientos sin sopesar las alternativas. Los discípulos de las religiones monoteístas han creído algo similar: la libertad, afirman, consiste en obedecer la voluntad de Dios. Lo que los seguidores de esas tradiciones quieren por encima de todo no es disfrutar de ningún tipo de libertad ni de la facultad de elegir; lo que desean fervientemente es liberarse de tener que elegir.

Es fácil objetar a los que ansían esta libertad que en realidad quieren ser dirigidos por un tirano. Al fin y al cabo, es lo que muchos seres humanos han querido en el pasado y siguen queriendo hoy en día. Puede que querer la libertad de elegir sea un impulso universal, pero no es ni mucho menos el más fuerte. Lo que ocurre es simplemente que los seres humanos desean muchas cosas antes que esa libertad, como comida para alimentarse y un lugar donde vivir. En definitiva, si la libertad significa dejar que los demás vivan como les plazca, siempre habrá mucha gente que será feliz sin gozar de libertad.

Por el contrario, a los que buscan la libertad interior no les importa qué clase de gobierno los dirija, siempre que no les impida replegarse en sí mismos. Semejante actitud puede

parecer egoísta, pero es lógica en una época de inestabilidad endémica, cuando no cabe esperar que los sistemas políticos perduren. El final de la época antigua europea, cuando el cristianismo lidiaba con las filosofías grecorromanas y las religiones místicas, fue una época de este tipo. Otra puede ser la época actual, en la que está desapareciendo la fe en las soluciones políticas y la religión que está renaciendo va en contra de la imperante fe en la ciencia.

A finales de la época antigua se aceptaba la idea de que la libertad no era un estado que pudiera implantarse entre los seres humanos; el mundo era demasiado turbulento. Algunas corrientes místicas en boga en aquellos tiempos iban aún más lejos: libertad significaba escapar del mundo. Cuando *Herr C.* le dice al narrador que debería leer el tercer capítulo del Génesis, Kleist apunta hacia la más radical de esas tradiciones: la religión del gnosticismo.

En el mito del Génesis, Adán y Eva vivían en el jardín del Edén sin necesidad de trabajar; pero una serpiente los tentó prometiéndoles que si comían la prohibida manzana del conocimiento serían como dioses. Comieron la manzana. Como habían desobedecido a Dios fueron castigados a tener que pasar el resto de su vida trabajando con esfuerzo.

La lectura tradicional que se hizo de este texto fue que comer la manzana era el pecado original; pero los gnósticos entendían la historia de otra manera: según ellos, los dos seres primordiales hicieron bien en comer la manzana. El dios que les había ordenado no hacerlo no era el verdadero Dios, sino tan sólo un demiurgo, un tiránico vasallo exultante con su poder, mientras que la serpiente aparecía para liberarlos de la esclavitud. Es cierto que cuando Adán y Eva comieron la manzana perdieron la Gracia. En realidad fue la Caída del Hombre: la caída al velado mundo de la conciencia cotidiana. Pero la Caída no necesariamente tenía que ser definitiva. Tras haber comido del Árbol de la Ciencia, la humanidad puede alcanzar un estado de inocencia consciente. Cuando esto ocurra, declara *Herr C.*, llegará «el último capítulo de la historia del mundo».

*Herr C.* recurre a una de las demandas de libertad más inflexibles que jamás se han formulado. Pensando que los seres humanos eran chapuceras creaciones de un demiurgo —una deidad maligna o incompetente, no el Dios verdadero que ha desaparecido del mundo—, los antiguos gnósticos creían que el hecho de elegir confirmaba que los seres humanos eran absolutamente imperfectos. La libertad real sería un estado en el que ya no sufrieran la carga de tener que elegir, estado que sólo se alcanzaría saliendo del mundo natural. Para estos olvidados visionarios, la libertad se lograba arremetiendo contra los cielos en un acto de violencia metafísica.

Hoy en día, muchas personas se aferran a una visión gnóstica de las cosas sin darse cuenta de ello. Creen que los seres humanos pueden ser comprendidos en su totalidad en términos de materialismo científico y, así, rechazan toda idea de libre albedrío. Pero no pueden abandonar la esperanza de ser dueños de su destino. De modo que han llegado a creer que la ciencia, de algún modo, permitirá a la mente humana escapar de las limitaciones que configuran su estado natural. En gran parte del mundo, y en particular en los países occidentales, la creencia gnóstica de que el conocimiento puede proporcionar a los seres humanos una libertad que ninguna otra criatura puede poseer ha devenido la religión predominante.

Si una de las marionetas de Kleist llegara a tener conciencia de sí misma, el gnosticismo sería su religión. En las versiones más ambiciosas del materialismo científico, los seres humanos son marionetas: títeres movidos por los hilos genéticos que, por un accidente en la evolución, se han vuelto conscientes de sí mismos. Los pensadores laicos más osados están poseídos por una religión mística, sin que los que la profesan más ardientemente sean conscientes de ello. En la actualidad, el gnosticismo es la fe de las personas que creen ser máquinas.

El gnosticismo, que se remonta al mundo antiguo, que se da en culturas muy alejadas en el espacio y en el tiempo, que aflora en la religión, la filosofía y lo oculto, que ejerce una gran influencia en la política y en la ciencia modernas, ha coexistido y competido con otras muchas formas de pensamiento y se ha ocultado dentro y fuera de ellas. Han existido ramas gnósticas en el judaísmo, el cristianismo y el islam, en el zoroastrismo, el maniqueísmo, el mitraísmo y el orfismo, mientras que las ideas gnósticas tuvieron una fuerte presencia en la filosofía griega entre algunos de los últimos seguidores de Platón.

No se conocen los orígenes del gnosticismo, pero al parecer surgió como una visión del mundo que se desarrolló plenamente más o menos al mismo tiempo que el cristianismo. Al igual que otros profetas judíos de la época, es posible que Jesús estuviera influenciado por las tradiciones zoroastrianas que entendían la vida humana como una guerra entre el bien y el mal. En el cristianismo —la religión que surgió de la vida de Jesús y las palabras de san Pablo— siempre hubo corrientes gnósticas, aunque fueron condenadas como herejías que amenazaban a la autoridad de la Iglesia.

Las ideas gnósticas no son especialmente modernas, ni mucho menos, sino que florecieron en formas más manifiestas con el auge del Renacimiento. Durante este período, que los racionalistas consideraban la época del redescubrimiento de la civilización clásica, la fe en la magia alcanzó su máximo apogeo. En la corte de Isabel I de Inglaterra se consultaba con regularidad a alquimistas y espiritistas y, aun cuando se iban abandonando formas más antiguas de religión, proliferaban nuevos tipos de magia. Johannes Kepler, el astrólogo y astrónomo alemán, matemático y místico, es una figura emblemática del Renacimiento. Aunque creía en un cosmos regido por principios de orden y armonía, Kepler dio un giro hacia una visión del mundo según la cual todas las leyes existentes en el universo eran mecánicas y carecían de intención. Otros de entre

los primeros científicos modernos se mostraban igualmente ambiguos. Isaac Newton fue el fundador de la física moderna, pero también creía en la alquimia y en la numerología y buscaba significados ocultos en los libros de la Biblia. En muchos aspectos, la revolución científica fue un subproducto del misticismo y de la magia. En realidad, una vez desentrañados los confusos orígenes de la ciencia moderna cabe dudar de si se produjo realmente una «revolución científica».

El novelista y poeta Lawrence Durrell ofreció una versión moderna de la visión gnóstica en una serie de novelas, *El quinteto de Aviñón* (1974-1985).<sup>\*</sup> Akkad, un banquero-mercader egipcio, asimismo gnóstico del último día, predica ante pequeños grupos de expatriados europeos. Akkad, rechoncho y con aire indolente en ocasiones, y de aspecto ascético y demacrado en otras, que se siente a sus anchas en cuatro capitales y habla otras tantas lenguas o más, a veces vestido a la manera occidental y a veces con traje tradicional, se ofrece para reunir los fragmentos que han sobrevivido de las enseñanzas gnósticas, que las religiones instituidas han intentado destruir:

La amarga verdad central de los gnósticos: la horripilante comprensión de que el mundo del Buen Dios estaba muerto, y de que éste había sido sustituido por un usurpador, un Dios del Mal [...]. Comprender esta verdad, y proclamarla, es lo que hizo que los gnósticos fueran eliminados, censurados, destruidos. La humanidad es demasiado frágil para afrontar la verdad de las cosas; pero para cualquiera que se enfrente con la realidad de la naturaleza y de los procesos con la mente clara, la respuesta es absolutamente ineludible: el Mal domina estos tiempos.

¿Qué clase de Dios —se pregunta el gnóstico— habría podido organizar las cosas del modo en que están, este mundo

\* Existe traducción al español a cargo de Jordi Fibla en *El Aleph*, Barcelona, 2003.

devorador que finge tener un Salvador y una fuente de bien en su base? ¿Qué clase de Dios habría podido construir esta maléfica máquina de destrucción, de autoinmolación? Sólo el espíritu mismo de la oscura y negativa tendencia a la muerte que existe en la naturaleza, el espíritu mismo de la nada y de la autoaniquilación. Un mundo en el que cada uno es la comida del otro, la presa del otro...

Al contemplar el mundo como una obra maligna, los gnósticos promovieron una nueva visión de la libertad. Los seres humanos ya no formaban parte de un esquema de las cosas en el que la libertad significaba obedecer la ley. Para ser libres, los seres humanos tenían que rebelarse contra las leyes que rigen las cosas terrenales. Al rechazar las limitaciones que conlleva el hecho de ser una criatura carnal, tienen que salir del mundo material.

Aunque la ciencia moderna parezca inhóspita a los ojos de los gnósticos, la realidad ha demostrado que es lo contrario. Hoy en día ya no se cree que el cosmos se rija por leyes que expresan un propósito global, sea éste bondadoso o no. En realidad, el mundo en el que vivimos puede que no sea en absoluto un cosmos. Las aparentes leyes de la naturaleza tal vez sean regularidades que no expresan ninguna ley duradera, y en realidad el universo puede que sea básicamente caótico. No obstante, el proyecto de liberar el espíritu del mundo material no ha desaparecido. El sueño de encontrar la libertad rebelándose contra la ley cósmica ha reaparecido como la creencia de que los seres humanos de algún modo pueden convertirse en dueños de la naturaleza.

El cristalógrafo J. D. Bernal (1901-1971) ilustra cómo la ciencia moderna está llena de ideas gnósticas. Bernal, situado en otro tiempo entre los científicos británicos más influyentes, comunista de toda la vida y satisfecho galardonado con el Premio de la Paz Stalin, estaba convencido de que en la Unión Soviética se estaba creando una sociedad científicamente programada. Pero sus ambiciones sobrepasaban la reconstrucción

racional de las instituciones humanas. Estaba convencido de que la ciencia podía efectuar un cambio en la evolución gracias al cual los seres humanos dejarían de ser organismos biológicos. Como lo ha descrito el historiador de la ciencia Philip Ball, el sueño de Bernal era que la sociedad humana fuera sustituida por «una utopía de cíborgs post-humanos con cuerpos-máquinas creados mediante técnicas quirúrgicas». Ni siquiera esta fantasía colmaba las ambiciones de Bernal. En un futuro más lejano, vislumbraba «la eliminación de la individualidad y de la mortalidad» en la que los seres humanos dejarían de ser entidades físicas distintas.

En un párrafo de su libro *The World, the Flesh and the Devil: An Enquiry into the Future of the Three Enemies of the Rational Soul* [El mundo, la carne y el diablo: una indagación sobre el futuro de los tres enemigos del alma racional], Bernal explica lo que tiene en mente: «La conciencia misma podría terminar o desaparecer en una humanidad que se hubiera vuelto completamente como el éter, perdiendo el organismo tupido y convirtiéndose en masas de átomos en el espacio que se comunicaran a través de la radiación y que, a la larga, tal vez se convirtieran en luz».

Bernal publicó su libro en 1929, pero en la actualidad se están fomentando ideas muy parecidas a las suyas. Conceptos similares conforman la visión de la Singularidad del futurólogo y director de ingeniería de Google Ray Kurzweil, un aumento explosivo de conocimiento que permitirá a los seres humanos emanciparse del mundo material y dejar de ser organismos biológicos. El subtítulo del libro de Kurzweil *The Singularity is Near* [La singularidad está cerca] es *When Humans Transcend Biology* [Cuando los seres humanos trascienden la biología], y la meta última de liberar la mente del hombre de su confinamiento en la materia es la misma que la de Bernal, aunque las tecnologías que implican son diferentes: cargar la información del cerebro en el ciberespacio en lugar de utilizar la cirugía para construir un cíborg. Las similitudes entre estas ideas y el gnosticismo son claras. Aquí, igual que en todas partes, el

pensamiento laico está modelado por la religión olvidada o reprimida.

El gnosticismo, sea antiguo o sea moderno, gira en torno a dos artículos de fe. El primero es la convicción de que los seres humanos son chispas de conciencia encerradas en el mundo material. Los gnósticos no negaban que existiera orden en el mundo, sino que contemplaban dicho orden como una manifestación del mal al que se negaban a rendirse. Para ellos el creador era a lo sumo torpe, negligente o descuidado con el mundo que había creado, y posiblemente senil o loco, o había muerto hacía tiempo; era un demiurgo insubordinado y malévolo que gobernaba el mundo. El desconocimiento de su auténtica situación mantenía sumisos a los seres humanos, que estaban atrapados en un oscuro cosmos. Aquí llegamos a la segunda idea formativa: los seres humanos pueden escapar a esta esclavitud adquiriendo un tipo especial de conocimiento. *Gnosis* es la palabra griega que significa conocimiento, y para los gnósticos el conocimiento es la llave de la libertad.

Los gnósticos consideran que los seres humanos son criaturas mal concebidas y mal hechas, dotadas o malditas con una fluctuante visión de su situación real. Una vez han comido del Árbol de la Ciencia, descubren que son extraños en el universo. A partir de entonces viven en guerra con ellos mismos y con el mundo.

Al proclamar que el mundo es malo los gnósticos se separaron de las formas más antiguas de pensamiento. Las antiguas religiones egipcia e india creían que el mundo contenía la luz y la oscuridad, el bien y el mal, pero esta dualidad se alternaba en ciclos en lugar de estar enzarzada en una lucha cósmica. Las ideas animistas en las que el mundo es un intercambio de fuerzas creativas y destructivas articulan una visión similar de las cosas. En un universo de este tipo no existe el problema del mal que tanto ha atormentado a generaciones de apólogos del monoteísmo.

Es posible que la idea del mal como fuerza activa tuviera su origen en Zoroastro. Profeta iranio que vivió unos siglos

antes de Cristo (la fechas exactas son objeto de discusión), Zoroastro no sólo contemplaba el mundo como la sede de una guerra entre la luz y la oscuridad, sino que creía que la luz podía vencer. Varios siglos más tarde, otro profeta iranio —Mani, fundador del maniqueísmo— también afirmaba que el bien podía prevalecer, aunque parece que creía que la victoria no era segura. Tal vez fuera hacia esa época cuando cristalizó la sensación de que se estaba fluctuando entre alternativas y se formó la idea del libre albedrío.

La idea de una presencia demoníaca en el mundo surgió con las religiones dualistas. No aparece en la Biblia hebrea, en la que Satanás se muestra como un adversario y no como la personificación del mal. Hasta el Nuevo Testamento no emerge el mal como agente diabólico, y a lo largo de toda su historia el cristianismo ha intentado por todos los medios reconciliar esta idea del mal con la fe en un Dios que es infinitamente bueno y todopoderoso.

Agustín, converso de la religión de Mani, intentó resolver el enigma sugiriendo que el mal era la ausencia de bondad, una pérdida de la gracia causada por la mala utilización del libre albedrío. Pero en el cristianismo siempre quedó una rama que veía el bien y el mal como fuerzas opuestas. *El libro de los dos principios*, la obra más sistemática que ha sobrevivido de la teología cátara, compuesta a principios del siglo trece, afirma que junto con el principio del bien existe otro principio, «el del mal, que es grande en iniquidad, del que derivan exclusiva y esencialmente el poder de Satanás y de la oscuridad y todos los demás poderes hostiles al verdadero Señor Dios». El discurso cátaro, que defiende esta opinión, cita las palabras de Jesús (Mateo 7:18): «Así como el buen árbol no puede producir malos frutos, tampoco el árbol podrido puede producir buenos frutos».

Cualquiera que sea la forma en que se interpreten estas palabras, la religión cristiana siempre ha integrado elementos en conflicto. No existe una tradición primigenia en el origen del cristianismo, del gnosticismo ni de ninguna otra religión.

La búsqueda de los orígenes termina con el descubrimiento de fragmentos.

La idea del mal en la forma en que aparece en el pensamiento laico moderno es herencia del cristianismo. En realidad, los racionalistas repudiaron la idea, pero no tardaron mucho en descubrir que no podían vivir sin ella. Insisten en afirmar que lo que en el pasado se entendía como mal es erróneo, consecuencia de una ignorancia que los seres humanos pueden superar. Con esto repiten un tema zoroastriano, que quedó absorbido en versiones posteriores del monoteísmo: la creencia de que «el hombre, como "señor de la creación", se halla al frente de la lucha entre los poderes de la Verdad y de la Falsedad». Pero ¿cómo explicar el hecho de que la humanidad es sorda a la voz de la razón? Llegados a este punto, los racionalistas recurren a siniestras razones: sacerdotes perversos, explotadores de la superstición, malévolos enemigos de la ilustración, encarnaciones laicas de las fuerzas del mal.

Como sucede con tanta frecuencia, el pensamiento laico sigue una pauta dictada por la religión al mismo tiempo que elimina las ideas más valiosas que hay en ella. Los racionalistas modernos rechazan la idea del mal, aunque están obsesionados con ella. Se consideran guerreros asediados en una batalla contra la oscuridad y no se les ha ocurrido preguntarse por qué a la humanidad le gusta tanto la oscuridad. Se hallan ante el mismo problema del mal al que se enfrenta la religión. La diferencia radica en que los creyentes religiosos saben que se enfrentan a una dificultad irresoluble, mientras que los creyentes laicos no.

Los creyentes tradicionales, conscientes del mal que anida en ellos mismos, saben que no pueden ser expulsados del mundo mediante la acción del hombre. Los creyentes laicos, al carecer de esta percepción sueñan con crear una especie superior. No han reparado en el error fatal que contienen sus esquemas: toda especie será creada por seres humanos que existen realmente.